

Winnicott: libido precoz y sexual profundo



DOMINIQUE SCARFONE¹

«Conmigo mismo compruebo que cuando hablo de la regresión y de los problemas infantiles muy precoces, la gente piensa enseguida que soy incapaz de hacer un análisis común y corriente, que abarque los instintos y el trabajo ordinario en la situación transferencial, lo cual en rigor todo el tiempo yo doy por sentado, sabiendo que no tiene ningún sentido seguir descubriendo nuevas cosas si uno se olvida de las antiguas.»

Carta a Hannah Ries, 27 de noviembre de 1953.
En: *El gesto espontáneo; cartas escogidas*, p. 115.

«... todos estamos tratando de expresar las mismas cosas, solo que yo tengo una manera irritante de decir las cosas en mi propio lenguaje en lugar de aprender a utilizar los términos de la metapsicología psicoanalítica.

Estoy procurando descubrir por qué estos términos me despiertan tan profundas sospechas. ¿Será porque pueden dar la apariencia de un entendimiento común, cuando ese entendimiento no existe? ¿O es por algo mío propio? Por supuesto, puede ser por ambas cosas.»

Carta a Anna Freud, 18 de marzo de 1954, *Loc. cit.* pp. 119–120.

«Parece ser muy difícil para mí conseguir que los analistas consideren la temprana infancia si no es en términos de impulsos y deseos.»

Carta a Clifford M. Scott, 13 de abril de 1954. *Loc. cit.* p. 123.

1 Miembro Titular de la Sociedad Canadiense de Psicoanálisis.
e-mail: dscarfone@gmail.com

Digámoslo de entrada: no veo qué ganaríamos con establecer si Winnicott adhería explícitamente o no a la teoría freudiana de las pulsiones. De todos modos, es claro que el concepto opera en su pensamiento. La cuestión es sobre todo saber si el lugar que hace ocupar a dicha teoría en el marco de la tarea práctica es de tal naturaleza que facilita, o al contrario, daña la conducción del análisis. En lo que me concierne no dudaría en decir que el pensamiento de Winnicott me ayuda a trabajar, iba a decir a sobrevivir como analista. Entonces, como mi práctica como analista y mi comprensión del conjunto conceptual que iluminan mi trabajo tienen amplia cuenta de la noción de pulsión, tengo que preguntarme si estos dos aspectos de mi práctica clínica y teórica son congruentes o si denotan un eclecticismo discutible. No ignoro que cada uno de nosotros produce una suerte de «bricolage»² teórico, con el que se explica a sí mismo, a menudo après coup, lo que pone en práctica. Sé también que lo que se dice en teoría no corresponde sistemáticamente a lo que se hace en sesión. No se trata solo de la separación inevitable entre teoría y práctica como la ha estudiado Donnet, sino también de esos «acomodamientos», de esas improvisaciones, de esas soluciones que todo analista, supongo, es llevado a producir en el curso de su práctica. Improvisaciones y acomodamientos que denotan la naturaleza peculiar de la aventura psicoanalítica. Quiero decir con eso que esta aventura, como toda aventura verdadera, está abierta a lo imprevisto, que no podría, entonces, ser perfectamente balizada por una clara visión teórica de lo que allí ocurre. Sería, incluso, una monstruosidad técnica, extraña al espíritu de la empresa analítica y a su ética, si nos imagináramos poder mantener bajo un control constante y siempre guiado por la teoría, aquello que se produce en la transferencia y que anuda a los dos miembros de la pareja analítica. Habría allí el riesgo de un pensamiento totalitario y de dominio en lugar del esfuerzo de desprendimiento y de libertad que representa el análisis.

2 Trabajo presentado en el Coloquio Internacional Winnicott y la Creación Humana. París 8 y 9 de octubre de 2010. La versión original de este artículo fue publicada en: *Le Carnet psy* n° 150, febrero 2011: 33-39.

Entre comillas en el original. Las siguientes, salvo indicación contraria, pertenecen al autor, así como las cursivas y los términos en inglés o latín.

Entonces, lo que es particularmente interesante en Winnicott es que su obra, por su naturaleza, hace pensable la irrupción de lo imprevisto, del gesto espontáneo y de la creación *in situ* en el curso del análisis. Teorización paradójica, va de suyo, que piensa sus propios límites y la posibilidad de su superación práctica sin esperanza de sistematización en algún manual. Este intervalo de libertad, sus márgenes algo vagas entre una teoría firme y una práctica abierta a la creación: he ahí lo que, entre otras cosas hace que, para mí, frecuentar a Winnicott sea tan inspirador, aún cuando su alineamiento conceptual dejaría demasiado «juego», si se me permite este guiño.

Es que este «juego» se me hace, al contrario, cada vez más necesario en mi deseo, tal vez pretencioso y utópico, de llegar a decir alguna cosa, aunque más no sea ligeramente diferente sobre mi experiencia analítica.

En esta óptica el texto-faro de Winnicott es, para mí: «El uso de un objeto y el relacionarse por medio de identificaciones»³, el cual se basa en una comunicación hecha en N. York el 12 de noviembre de 1968, es decir no mucho antes de su muerte. Para quien conoce las peripecias que rodearon a esta presentación, este texto ha planteado, a sus primeros oyentes, el problema preciso del que trata: el de la capacidad de «sobrevivir» al élan creador-destructor de Winnicott mismo. Entonces, sabemos que los discutidores neoyorkinos apenas pudieron «sobrevivir» a que Winnicott muriera poco después del encuentro. Menciono esto para subrayar que el texto winnicottiano está tan próximo de la cosa de la que habla que se nos presenta, por así decir, «en acto» y no como simple relato teórico de una experiencia vivida por él en otra época, en otro lugar. En mi opinión, es la marca de un psicoanálisis vivo, cuando, como en un verdadero texto literario, el escrito lleva en él al menos una parte de la carga que ha suscitado su escritura y la trasmite a sus lectores que, por su parte, deben saber y sobrevivir.⁴

3 En: *Exploraciones psicoanalíticas*. (1989). Comp. Clare Winnicott, Ray Shepherd y Madeleine Davis. Bs. As., Paidós, 1991. v. 1: 263-273.

4 Cf. Vérité d'un texte. *Bulletin de la Société psychanalytique de Montréal*. v. 21 (3), 2009: 40-43.

En este sentido, lo pulsional me parece de entrada presente en Winnicott, aun cuando no parece apuntar intencionalmente a él. Pero sería demasiado simple contentarse con darle así crédito a Winnicott sobre su fidelidad respecto a la teoría de las pulsiones. Yo creo, en efecto, que lo pulsional, lo sexual, trabaja en su pensamiento en función de su manera particular de pensar la práctica psicoanalítica a la vez que la desconfianza que él manifiesta respecto al lenguaje metapsicológico. Podríamos temer que el espacio potencial donde él se sitúa pueda degradarse en relativismo o en subjetivismo. Se puede, en mi opinión, evitar tal destino si se mantiene tensa *la escucha* tanto en sentido auditivo como en el sentido marino del término-escucha que no solo denota una ética de la discusión entre psicoanalistas, sino que también nos hace escuchar los ecos freudianos del pensamiento de Winnicott. Quisiera aquí proponer tal escucha: La escucha de un Winnicott que no reemplaza a Freud sino que le agrega algo como una nueva interfaz.

PRESENCIA DE LO SEXUAL

En apoyo de la tesis de que Winnicott tiene plenamente en cuenta lo sexual, yo invocaré, además de las cartas citadas en epígrafe, un texto como aquel, en apariencia muy alejado del tema, titulado «Sobre la contribución al psicoanálisis de la observación directa del niño».⁵ Texto de 1957 pero que sigue siendo muy pertinente, sobre todo hoy cuando la observación directa tiene tantos adeptos. La fineza dialéctica de Winnicott está allí en su apogeo. Distingue, en términos muy simples, entre profundo (*deep*) y precoz (*early*). Distinción importante que, como veremos, sitúa, con bastante precisión, el advenimiento de lo pulsional en el psiquismo infantil. Usando implícitamente, como lo hará en otros textos, la noción de *après-coup*,⁶ Winnicott precisa que lo profundo se instaure en un segundo tiempo en relación a las experiencias precoces. Escribe: «Hay algunos conceptos que me parecen

5 Winnicott, D. W. (1957). Sobre la contribución al psicoanálisis de la observación directa del niño. En: *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador; estudios para una teoría del desarrollo emocional*. (1965). Bs. As., Paidós, 1993: 141-148.

6 Véase: El miedo al derrumbe (1963). En: *Exploraciones psicoanalíticas*. *Op.cit.*: 111-121.

ciertos mientras estoy analizando, pero falsos cuando observo infantes en mi clínica». (p. 146) Pero para los que pensarían que él opone allí una desmentida a la conceptualización extraída del análisis, agrega enseguida que: «[...] la observación directa no puede por sí misma construir una psicología de la infancia temprana.» (p. 147) Y concluye con esta fórmula: «*En pocas palabras: un infante humano debe recorrer alguna distancia desde lo temprano para tener la madurez que le permita ser profundo*» (p. 148). Nosotros intentaremos describir este «tramo de camino», esa distancia, pero por el momento, dejemos en reserva esta distinción entre precoz y profundo y volvamos a los comentarios que Winnicott mismo hizo a su texto sobre la utilización del objeto.

En uno de esos comentarios, fechados en enero de 1969 y publicado después de su muerte, Winnicott pone en paralelo los pensamientos que ha desarrollado en su famosa conferencia de Nueva York con lo desarrollado por Freud en «Moisés y el Monoteísmo».⁷ Este acercamiento, asombroso a primera vista, se revela como uno de los más esclarecedores en cuanto a la posición de Winnicott respecto a la teoría pulsional. Reenvía, en efecto, explícitamente al último dualismo pulsional freudiano. Sería demasiado largo y fuera de nuestro objetivo seguir todos los pasos que figuran en ese comentario. Destaco los elementos más relacionados con nuestro tema. Winnicott adhiere a la oposición –formulada por Empédocles de Agrigento y citada por Freud en apoyo al último dualismo pulsional– entre *philia*, o tendencia a la aglomeración y a la unidad, y *neikos*, o tendencia al desorden, a la discordia. Como muchos otros Winnicott no ve ningún motivo para rechazar este dualismo. Salvo que eso no da, para él, ningún crédito a una pulsión de muerte, y dice, incluso, desear «...aliviario a Freud de tener que cargar por siempre con él [instinto de muerte]⁸ sobre sus hombros de Atlas.» (p. 288) Lo que rechaza es la idea de que se pueda postular una pulsión a partir de la tendencia de retorno de lo orgánico a lo inorgánico. Es una crítica que muchos autores contemporáneos han

7 Winnicott, D. W. (1969). El uso de un objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta. En: *Exploraciones psicoanalíticas*. Op. cit.: 287–293.

8 Aclaración del Traductor.

formulado.⁹ Winnicott piensa, nada menos, que con la pulsión de muerte Freud se esforzaba en formular alguna cosa «global» (*comprehensive*), pero para la cual le faltaba la lección, que ofrecería, en las décadas siguientes a la muerte de Freud, la experiencia con los pacientes fronterizos y psicóticos. «El psicoanálisis iba a aprender que es mucho lo que les acontece a los bebés asociado con la necesidad y no con el deseo, ni con los representantes (pregenitales) del ello que reclaman satisfacción.» (pp. 288-289).

Hablando, siempre en ese comentario de 1969, de la destrucción del objeto, escribe lo que sigue: «Como se ve, estoy tratando de reescribir una porción limitada de nuestra teoría. Este impulso: provocativo, destructivo, agresivo, envidioso (Klein) no es un fenómeno vinculado al principio de placer-dolor. *Nada tiene que ver con la ira ante las frustraciones inevitables asociadas con el principio de realidad.* Precede a ese conjunto de fenómenos, que son ciertos para los neuróticos pero no para los psicóticos.» (p. 293). Winnicott, que recusa la pulsión de muerte, admite asimismo un más allá, o un más acá del principio del placer. Lo que, dicho sea de paso, cambia sensiblemente la idea que uno puede hacerse de su concepción del universo de las necesidades. Lejos de un «largo río tranquilo», que parece, a veces postular cuando se trata de necesidades vitales y de la adaptación, él ve allí, más bien, empujes potencialmente destructivos resultantes del solo hecho, para el bebe, de vivir, de respirar: «En esta etapa vitalmente importante, lo vivo ‘destructivo’ (fuego-aire o de otra índole) del individuo es simplemente un síntoma de estar vivo...» (p. 285) ¿Vitalismo en lugar de lo pulsional? Creo, por el contrario, que la «vivacidad destructiva» de la que se trata no solo prefigura lo pulsional sino que prepara el terreno, según una lógica que intentaré poner en evidencia.

Si la cuestión de la necesidad no es en Winnicott un vestigio inutilizable para el psicoanálisis, sino que se plantea en términos de destrucción, esto cambia totalmente el dato. Y las raíces freudianas no están lejos si recordamos que Freud, por el breve momento de su texto de 1919, ha hecho equivalentes a las pulsiones del Yo (o de autoconservación) y las

pulsiones de muerte.¹⁰ Su rectificación ulterior, que le hizo reubicar la autoconservación bajo el paraguas de Eros, es objeto de discusiones todavía en nuestros días.¹¹ Volviendo a Winnicott, tal vez encontremos aquí una primera aproximación de lo que llevará de lo precoz a lo profundo, si planteamos que lo profundo corresponde a la instauración de lo pulsional sexual y del principio del placer en la vida psíquica, mientras que lo precoz funciona bajo la égida de la necesidad, *entendido no obstante como una forma del más allá del principio del placer* y entonces emparentado con lo pulsional de muerte freudiano, el que Freud mismo ha hecho corresponder, así no sea más que brevemente, a las pulsiones del yo o de autoconservación. Winnicott no razona explícitamente en estos términos, pero este retorno inopinado a un más allá del principio del placer que se alojaría en el dominio de la necesidad debe retener nuestra atención. Puede ser que sea demasiado fácil hacer una dicotomía entre el dominio de las pulsiones y el de las necesidades. Sin confundir estos dos registros se puede adelantar que la necesidad humana debe tener en sí, por el hecho de la *hilflosigkeit* del recién nacido, una afinidad particular con lo pulsional, afinidad que nos autoriza a integrar, como lo hace Winnicott, el plano de la necesidad dentro del campo psicoanalítico mismo. Freud no razonaba de otro modo en los *Tres Ensayos*. Así el «impulso provocativo/destrutivo» que Winnicott incluye en el intercambio con el objeto, ¿no sería una forma de lo pulsional precoz a advenir? Yo osaría, incluso, agregar que encontramos allí, a trazo grueso, el campo donde se juega la seducción originaria, campo que es habitualmente, si no excluido, al menos planteado como simple tela de fondo (el apego, por ejemplo) y muy poco teorizado psicoanalíticamente. Ahora bien, el pensamiento winnicottiano me lleva a plantear que la incapacidad de sobrevivir que demuestra el objeto que ejerce represalias, corresponde bastante bien a la intromisión de la que habla Laplanche, variante violenta de la seducción. El ángulo de aproximación es diferente, pero la descripción me parece sin

10 Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En: *O. C. T.* 18. p. 40, nota 9. Bs. As. Amorrortu. Después Freud cambia de idea, véase más adelante en la p. 51.

11 Michel de M'Uzan, por ejemplo, lamenta que Freud haya renunciado a esta concepción.

contradicción con esta teoría, con la ventaja de describir más finamente la mecánica relacional, tal como es vivida desde el punto de vista del niño, y dando cuenta con más precisión de la experiencia de la intromisión. Es probable que Laplanche no admitiera esta aproximación,¹² pero yo la creo legítima y útil, como intentaré mostrarlo.

LA IRRUPCIÓN PATERNA DE LA UNIDAD Y LA FRACTURA SEXUAL.

En el comentario de 1969 ya citado, Winnicott nos sorprende invocando la investigación emprendida por Freud en su *Moisés*, en torno a la cuestión del padre. Un padre cuyo rol específico se revela, escribe Winnicott, «a medida que el bebé pasa del fortalecimiento del yo, gracias al refuerzo del yo de la madre, a tener una identidad propia –o sea, a medida que la tendencia heredada a la integración lo lleva adelante en un ambiente suficientemente bueno (*good enough*) o en un ambiente previsible promedio–, la tercera persona comienza a desempeñar, o así me parece, un gran papel.» (p. 289). Vemos aquí surgir implícitamente al padre como tercero separador entre la madre y el niño. Winnicott lo formulará así: «El padre puede haber sido o no un sustituto materno, pero lo cierto es que en algún momento se siente que él está allí en un rol distinto; y sugiero que es entonces cuando el bebé probablemente lo use como patrón (*blueprint*) de su propia integración, al convertirse por momentos en una unidad.»

El padre hace, entonces, su entrada en el universo del niño en tanto que prototipo de la unidad, pero yo creo útil considerar que, haciéndolo, él introduce también la diferencia entre la unidad que constituía el conjunto madre-niño y la unidad nueva, que es la del padre solo y que será también la del niño mismo. Podemos, por otra parte, plantear que es en el punto de encuentro (o de separación) entre estas dos formas de unidad que surge el movimiento pulsional.

12 Laplanche ha rechazado en su seminario, lo que planteé antes en un texto publicado en el Reino Unido: Laplanche and Winnicott meet... and survive. In: *Sex and sexuality: winnicottian perspectives*. Dir. Leslie Caldwell. London, Karnac, 2005.

Winnicott relaciona estas consideraciones sobre el padre con las de Freud cuando se refiere a la unificación aportada por el monoteísmo, que es también una universalización: «De un dios único, del monoteísmo, y no de un dios único para mí y otro dios único para ti», (p. 290) escribe Winnicott. Pero este dios unitario que es el padre, será pronto «dotado de un objeto parcial significativo». Y con este objeto parcial, es claro que nos encontramos ahora en la esfera de lo sexual, de lo pulsional. Se ve, así, que la atención de Winnicott está centrada no solo en el mundo de las necesidades, sino sobre la brecha dinámica, sobre lo que trabaja entre el plano de la necesidad y el plano sexual. De acuerdo a la pista que seguimos aquí, lo pulsional sexual se inaugura, en Winnicott, con la fractura del padre unitario, fractura que acaece luego del acceso del niño a su unidad e identidad propias, a su singularidad. Todo el problema radicará en pensar cómo se opera esta fractura por donde se introduce lo pulsional. Esto nos dará ocasión de ver que la teoría de la seducción aporta alguna luz sobre el modelo winnicottiano.

La aparición del padre unitario y de su «objeto parcial significativo» permite precisar mejor lo que Winnicott entiende por «destrucción» en el texto sobre la utilización del objeto.¹³ La unidad y la identidad adquiridas con la ayuda del prototipo parental entra, en efecto, en un movimiento dialéctico, en el que, para el niño, asumir su singularidad (pensando por sí mismo, por ejemplo) implica, automáticamente, una «destrucción» que no es exterminación sino *fraccionamiento* del objeto en persona «total» por una parte, y objeto parcial u objeto de deseo o de la pulsión de muerte por la otra; objeto, también, del fantasma. Es obvio que luego de la identificación del niño con el prototipo unitario del padre, el objeto a destruir, es decir, aquí, a descomponer en total y parcial, no es solo el padre, sino toda persona significativa. La aparición del sentimiento y del concepto de unidad ha hecho pensable y deseable, de allí en más, lo parcial, donde no había antes más que un «todo».

13 He subrayado, en otro artículo, el hecho de que Winnicott no dice lo que entiende por «destrucción» y he propuesto que esto me parece en total concordancia con su pensamiento. (Cf. Scarfone, D. À quoi oeuvre la psychanalyse? *Libres cahiers pour la psychanalyse*. (9), 2004: 109–123.) Nada nos prohíbe plantear nuestra interpretación.

Que el objeto «siempre es destruido *en la fantasía*» como lo escribe Winnicott en «*El uso de un objeto*» puede entonces también entenderse en clave sexual: destruir *en fantasma* puede significar destruir *por* el fantasma; la «destrucción» (que, precisa Winnicott, no implica ninguna agresividad) del objeto total resultante del simple hecho de desear y fantasmaticar en sí mismo el objeto parcial. Desde entonces se esperará del objeto externo que se deje utilizar, en el sentido de prestarse a la extracción del objeto fantasmático, es decir dejar al niño desarrollar su universo de deseo, su universo fantasmático, sin ejercer represalias. Es en este punto que se puede acercar mejor la teoría de Winnicott a la teoría de la seducción de Laplanche. Me parece, en efecto, que una de las formas que pueden tomar las «represalias» en cuestión, es la seducción perversa por parte del adulto aboliendo así violentamente la distancia entre el objeto de la necesidad (objeto proveedor del cuidado, objeto de la «corriente tierna») y el objeto de deseo o del fantasma *del niño*, amenazando, a la misma vez, la unidad individual adquirida por este niño, por el hecho de la sumisión que se exige de él. Si creemos escuchar allí un eco de la confusión de lenguas ferencziana, no es por casualidad. En la lengua de Winnicott, podemos agregar, el espacio transicional en el que el objeto encontrado-destruido está llamado a evolucionar es, literalmente, *traumatizado*, es decir, desgarrado, aplastado por esta intrusión real, demasiado real, de un objeto violentamente incapaz de sobrevivir.



La referencia a Laplanche no surge del simple placer de encontrar correspondencias. Ella nos permitirá allanar ciertas dificultades inherentes al modelo winnicottiano. Hemos dado, en efecto, al niño el rol de descomponer la unidad paterna (y a continuación materna) para allí desear el objeto parcial. Podemos legítimamente preguntarnos por qué clase de magia se operaría este recorte, este fraccionamiento. En cuanto a esto, me parece evidente que Winnicott queda prisionero de una concepción «instintual» de lo pulsional y de una descripción un poco demasiado empírica del curso de los acontecimientos. Veremos ahora que, después de haber lanzado alguna luz sobre el momento de la seducción, el pen-

samiento de Winnicott podrá, a su vez, ser aclarado por la teoría de la seducción.

Cuando Winnicott subraya que el comienzo de la vida no se le presenta como descriptible en términos de pulsiones y de deseos, me parece que abre exactamente el espacio donde interviene la seducción originaria. Al menos hay acuerdo entre las dos teorías sobre el hecho de que el niño no llega al mundo con un aparato pulsional preformado y listo para actuar. La seducción originaria, como se sabe, opera sin que lo sepan los seductores mismos que, por el hecho de su sexual inconsciente, emiten mensajes que vehiculizan un exceso. ¿Qué ocurrirá con este exceso? ¿No sería lo que provoca y justifica la descomposición parcial, operada por el niño, de la unidad introducida por el padre? Si es así, ¿cómo?

En relación a la experiencia de la unidad individual, se puede decir que la unidad del adulto está necesariamente inclinada a vacilar por estar habitada por lo sexual reprimido. El objeto se querría solamente tierno, pero está habitado por lo sexual inconsciente. El niño no capta normalmente lo «sexual» en tanto tal; pero puede muy bien sentir los efectos de la vacilación identitaria que este reprimido provoca en el adulto. Propongo que esta vacilación es la forma bajo la cual se presenta el exceso que capta el niño. La experiencia de un «*relating*» tierno es perturbada por esta vacilación. La «destrucción» operada por el niño sería, así, la respuesta a la percepción oscura de esta vacilación a través de la cual él siente que hay algo más y otra cosa en, delante o detrás de la imagen unitaria del adulto. Esto impone al niño la tarea de pensar por sí mismo esta enigmática oscilación, trabajo hermenéutico infinito que hace del niño –de cada uno de nosotros– un traductor-destroductor de la bella y mistificante unidad del adulto.

En cuanto al padre winnicottiano, se puede formular la misma idea de otro modo, diciendo que el enigma reside en la diferencia experimentada entre el padre –simple sustituto maternal– y el padre unitario, simbólico. Con esta diferencia interna a la unidad haciendo mensaje enigmático, la destrucción se concibe como esto: habiendo introducido la unidad y con ella un ideal de coherencia y de no-contradicción («un solo dios para todos»), el padre se verá «destruir» por el esfuerzo que habrá, él mismo, suscitado en el niño por el hecho de su «vacilación». El esfuerzo

de llegar a UN sentido, a UNA versión unitaria del mundo estará destinada al fracaso por el hecho del impacto de lo pulsional reprimido del adulto. Fracaso necesario, hay que agregar, sin el cual sería la adhesión sin reservas al discurso del otro, del adulto infalible; pero fracaso que, si el objeto no sobrevive, puede descorazonar la investigación infantil y reorientarla en el sentido de un retorno a la única unidad efectiva que haya existido: la indiferenciación madre-niño. Recordemos que este movimiento de retorno a un estado anterior corresponde a lo que Freud asigna, en su segundo dualismo, tanto a lo pulsional de vida como de muerte.¹⁴ Pero aquí, diremos con Winnicott: ninguna necesidad de retorno a lo inorgánico. Hans Loewald ha señalado que el retorno a este impensable de antes de la diferenciación ha sido siempre a lo que apuntan las pulsiones, en *todas* las versiones de la teoría freudiana.¹⁵ Reencontrar el objeto primordial, en efecto, no es para gozar en tanto sujeto, no es para «utilizarlo», es para disolverse en él, para abolir la falta. *Todas* las pulsiones, incluida la pulsión sexual del primer dualismo freudiano, son, en este sentido, «conservadoras» y apuntan al retorno. Según Loewald, «una corriente libidinal [es lo que] surge entre el *infans* y la madre, en un empuje que apunta a restablecer la unidad original.»¹⁶ En consecuencia, lo sexual no es verdaderamente alguna cosa que se introduce como una «cosa» en la psiquis del niño. La libido es más bien, como lo sugiere Lacan, «color-de-vacío: suspendido en la luz de una hiancia»,¹⁷ no una entidad positiva, sino una corriente que se instala entre el niño y el objeto perdido-y-a-encontrar; objeto donde los re hallazgos, si ellos fueran posibles, llevarían de lo profundo a lo precoz, en la dirección de lo indiferenciado.

Desde esta óptica, la implantación de lo sexual de la que habla Laplanche puede ser concebida como momento particular de la corriente

14 Freud, S. Más allá del principio de placer. *Op.cit.*

15 Cf. Loewald, H. Ego and reality (1949) así como en: On motivation and instinct theory (1971), los dos en: *The essential Loewald*. Hagerstown MD, The University Publishing Group, 2000: 3–20.

16 Loewald, H. Ego and reality. *Op.cit.*: 6.

17 Lacan, J. (1966). Del «Trieb» de Freud y del deseo del psicoanalista. En: *Escritos*. 7ª ed. México, Siglo Veintiuno, 1981. v. 2: 387.

libidinal tal como se concibe en el contexto winnicottiano. Este momento sería, precisamente, el de la mutación y complejización de lo precoz y lo profundo, de acuerdo a los términos que habíamos dejado pendientes antes. Lo precoz correspondería a un momento previo, momento en el que la meta libidinal del origen, la tendencia al retorno a la unidad primordial, toma la vía de su realización directa, favorecida por la muy real preocupación materna primaria y la satisfacción efectiva, aunque imperfecta, de las necesidades del niño.

El segundo momento se abre con la presentación de la unidad paterna: el niño se siente ahora, aún si solamente por momentos, él mismo «uno», sin estar unido a la madre. La *unidad individual* se sustituye así a la *unidad primordial madre-niño* que busca reestablecer la corriente libidinal primaria. La nueva unidad, resultado de la identificación con la unidad presentada por el padre, como vimos, no tarda en fracturarse bajo el efecto de la búsqueda creativa-destructiva del niño, en cuanto este se dispone a concebir la diferencia introducida por este tercero.¹⁸ Pero decíamos que Winnicott se atiene aquí a una descripción demasiado empírica. En efecto, no deberíamos desatender el hecho de que la percepción de la vacilación identitaria no se produce exclusivamente en relación al padre. La diferencia se experimenta también con la madre, siendo ésta asimismo portadora de un sexual inconsciente que contamina sus «mensajes». Nosotros complejizaremos un poquito el cuadro pintado por Winnicott planteando que la aparición del padre en tanto tercero (en lugar del sustituto maternal) introduce la experiencia de la unidad no por magia, sino porque ese tercero fuerza al niño –que hasta allí alternaba entre un sentimiento pasajero de unidad individual y un retorno a la unión con la madre– a experimentar a todos los objetos como individuos diferentes. Este tercero, en efecto, hace, a la vez, sentir que la madre, ella misma, dirige sus deseos hacia otro lugar. Para el niño, el retorno a la unión con la madre no es, en lo sucesivo, tan comfortable como antes, tanto más que el padre, agente de una experiencia nueva, deviene él mismo

18 Reencontramos, así, la tesis freudiana del «Moisés» según la cual el padre está del lado del «progreso espiritual».

un polo de atracción que lo distrae de su relación libidinal más o menos exclusiva con la madre. La vacilación debida a lo pulsional en los adultos hace ahora emerger objetos de deseo que son, obligatoriamente, concebidos sobre el modelo de los objetos parciales, objetos que habían sido hasta allí concretamente tomados del cuerpo de la madre pero no vividos o concebidos como parciales. La llegada del padre cristaliza de alguna manera la diferencia confusamente presentida, si no experimentada, en la relación con la madre, entre la corriente tierna ligada a la necesidad y la corriente «vehemente» de lo sexual, entre la relación a la persona total y la irrupción del objeto parcial, objeto de deseo.



Henos aquí, pues, capaces, usando un idioma winnicottiano, de identificar no uno sino dos momentos sexuales. Por una parte la corriente libidinal que llamamos «precoz»: es un sexual que, en los hechos es, por momentos, casi armoniosamente realizado dada la adecuación óptima entre el niño y su entorno materno.¹⁹ Por otra parte un sexual «profundo», resultado de un nuevo empuje creativo-destructivo consecutivo a la experiencia de unidad, experiencia que adviene en el marco de la seducción y que corresponde a lo pulsional propiamente dicho de la teoría clásica. Pulsional que, contrariamente a la corriente libidinal primaria, conduce a la complejización y a la psiquización. Destaquemos, al pasar, que esta doble caracterización de lo sexual nos permite resolver, en parte, el problema de saber si las pulsiones son motores de progreso (Freud, versión 1915) o son esencialmente conservadoras (versión 1919). Podemos afirmar que son, a la vez, ambas cosas ya que si la libido «precoz» es de entrada dirigida hacia el retorno a lo indiferenciado, el movimiento progresivo

19 Sexual implícito en el Winnicott de la necesidad; presente anónimamente, como el aire que se respira y en relación con lo que Merleau-Ponty dice (*L'Institution. La Passivité. Notes de Cours au Collège de France. 1954-1955*. París, Belin, 2003) de la naturaleza sexual de los sueños; ellos no hablan de lo sexual, ellos son sexuales. «La tarea es menos dar la clave sexual, transcripción sexual en pensamiento convencional que de hacer reencontrar la sobre significación de lo sexual en la vida preobjetiva» (p. 212); «...la censura consistente en el rechazo de nuestra pasividad y de su gran proveedora: la sexualidad.»

de lo pulsional «profundo», volcado enteramente a la búsqueda de un objeto en el mundo exterior, apunta, él también, en definitiva, al retorno a la unidad, por vías indirectas, largo camino en el que encuentra objetos a «utilizar». La meta última de los dos regímenes sexuales es, entonces, la misma: reestablecer la unidad primordial, en el primer caso a través, solamente, del «*relating*» apenas desprendido de la indiferenciación; en el segundo caso, a través de una *utilización* del objeto, utilización que supone la existencia de un espacio de experiencia diferente, propio. Si para el niño, habiendo hecho la experiencia de la unidad individual, este objetivo debía realizarse realmente, exigiría, a la vez, que él renuncie a pensar por sí mismo, que él renuncie, en consecuencia a su destructividad para comprometerse en el camino de retorno a la unidad indiferenciada. Pero, como sabemos, no hay retorno. El objeto que no sobrevive es, entonces, el que impone al niño este renunciamiento y haciéndolo lo deja, no en una beatífica unión con el objeto, sino bajo el diktat de su mensaje intraducible, en la peor soledad posible. ♦

DOMINIQUE SCARFONE

Setiembre de 2000.

Traducción: Laura Veríssimo de Posadas

Referencias bibliográficas de la versión de los textos en español:

Martha Gómez de Sprechmann

RESUMEN

El autor propone que el pensamiento de Winnicott, contrariamente a las apariencias, es altamente compatible con la teoría freudiana de las pulsiones así como con la teoría de la seducción generalizada de Laplanche. Una lectura atenta de algunos textos mayores de Winnicott permite al autor proponer una dinámica pulsional en el seno de la cual se distingue una «libido precoz», que apunta al restablecimiento de la unión indiferenciada con la madre, y un «sexual profundo». Este último, a través de la utilización del objeto, es coextensivo a la adquisición de la unidad individual y a la dialéctica objeto total - objeto parcial.

Descriptor: PADRE / OBJETO / MADRE / PULSION /

Descriptor Candidato: SEDUCCION ORIGINARIA

Autores-Tema: Winnicott, Donald

SUMMARY

The author suggests that, contrary to appearances, Winnicott's thought is highly compatible with the drive theory inspired by Freud and with Jean Laplanche's theory of generalized seduction. A careful reading of some of Winnicott's major articles allows the author to expound the dynamics of drives where one can distinguish between an «early libido», directed at re-establishing the undifferentiated union with the mother, and a «deep sexual drive». The latter, through the use of an object, is coextensive with a sense of individual unity and the dialectics between total and partial object.

Keywords: FATHER / OBJECT / MOTHER / DRIVE /

Candidate Keywords: ORIGINAL SEDUCTION

Authors-Subject: Winnicott, Donald

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1920). Más allá del principio de placer. En: *O. C.* Tomo XVIII. Bs. As., Amorrortu, 1979.
- LACAN, J. (1966). Del «Trieb» de Freud y del deseo del psicoanalista. En: *Escritos*. 7ª ed. México, Siglo Veintiuno, 1981. v. 2: 387–390.
- LOEWALD, H. W. (1949). Ego and reality. En: *The essential Loewald*. Hagerstown MD. The University Publishing Group, 2000: 3–20.
- (1971). On motivation and instinct theory. En: *The essential Loewald*. Hagerstown MD. The University Publishing Group, 2000: 3–20.
- MERLEAU-PONTY, M. *L'Institution. La Passivité. Notes de Cours au Collège de France 1954–55*. París, Belin, 2003.
- SCARFONE, D. (2000). Laplanche and Winnicott meet... and survive. En: *Sex and sexuality: winnicottian perspectives*. Dir. Lesley Caldwell. London, Karnac, 2005.
- (2004). *Las pulsiones*. Bs. As., Nueva Visión, 2005.
- (2004b). À quoi oeuvre la psychanalyse? *Libres cahiers pour la psychanalyse*, (9), 2004: 109–123.
- (2009). Vérité d'un texte. *Bulletin de la Société Psychanalytique de Montréal*. v. 21 (3): 40–43.
- WINNICOTT, D. W. (1957). Sobre la contribución al psicoanálisis de la observación directa del niño. En: *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador; estudios para una teoría del desarrollo emocional* (1965). Bs. As., Paidós, 1993: 141–148.
- (1963). El miedo al derrumbe. En: *Exploraciones psicoanalíticas* (1989). Comp. C. Winnicott, R. Shepherd, M. Davis. Bs. As., Paidós, 1993 v. 1: 111–121.
- (1968). El uso de un objeto y el relacionarse mediante identificaciones. En: *Exploraciones psicoanalíticas* (1989). Comp. C. Winnicott, R. Shepherd, M. Davis. Bs. As., Paidós, 1993 v. 1: 263–273.
- (1969). El uso de un objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta. En: *Exploraciones psicoanalíticas* (1989). Comp. C. Winnicott, R. Shepherd, M. Davis. Bs. As., Paidós, 1993 v. 1: 287–293.
- (1987). *El gesto espontáneo; cartas escogidas*. Comp. F. Robert Rodman. Barcelona, Paidós, 1990.